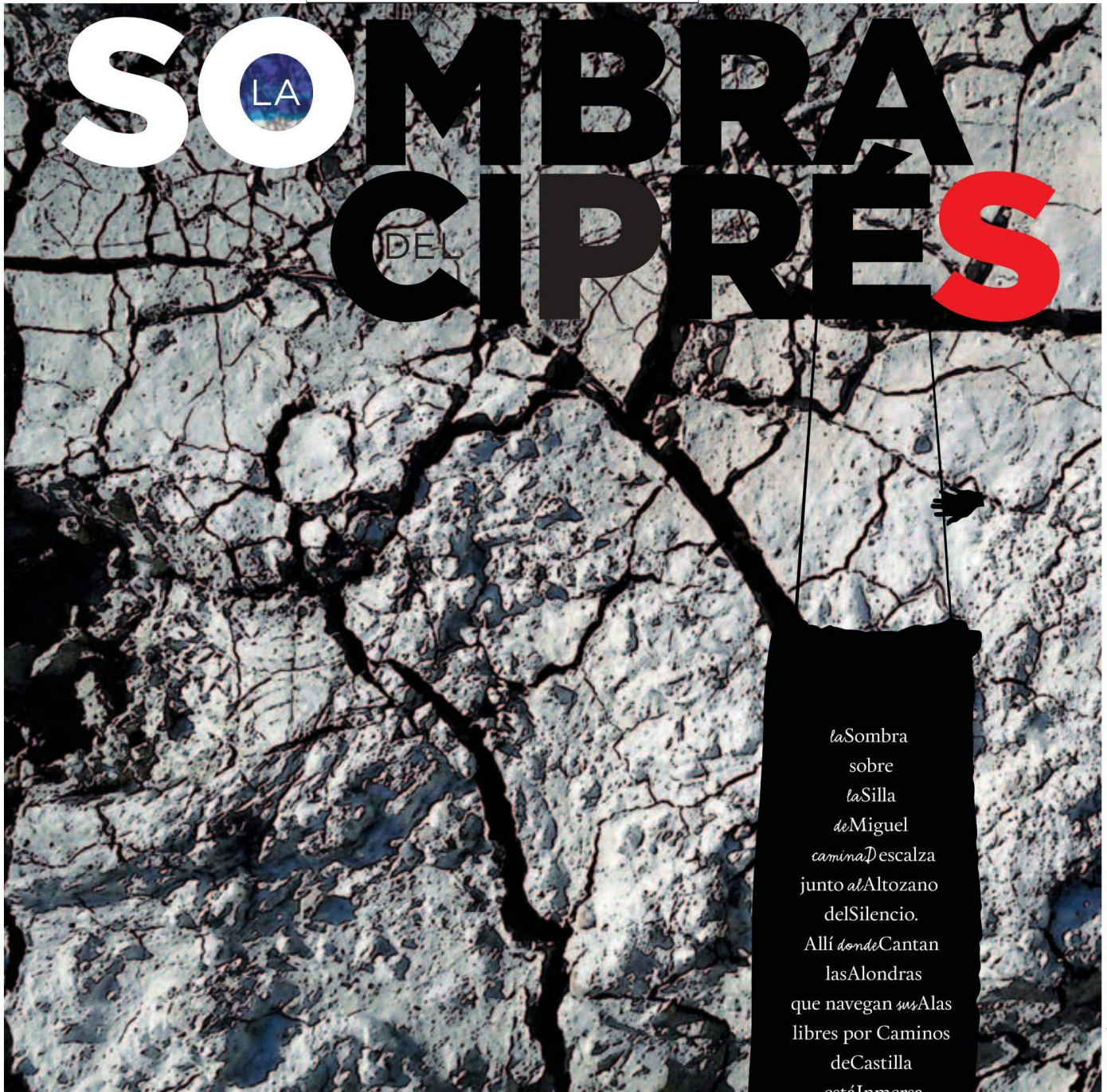




▶ 30 Mayo, 2015



laSombra
sobre
laSilla
deMiguel
caminaDescalza
junto alAltozano
delSilencio.
Allí dondeCantan
lasAlondras
que navegan susAlas
libres por Caminos
deCastilla
estáInmersa
el agua del
verdeCampo.

ILUSTRACIÓN Y POEMA DE MIGUEL SEGURA

De cómo el Delibes más ecologista entró en la RAE

Se cumplen cuarenta años del discurso de ingreso del escritor en la Academia, un texto premonitorio que no ha perdido vigencia [P2]



▶ 30 Mayo, 2015

Calle de Colmenares, Real Academia

A pesar del «disfraz», a pesar de considerarse él mismo «humana y literariamente muy poco académico», lo cierto es que la imagen de Miguel Delibes vestido de frac, tan firme como enjuto a los 55 años, pronunciando su discurso de ingreso el 25 de mayo de 1975, es uno de los iconos más poderosos de la historia reciente de la [Real Academia Española](#).

«No necesito decir que el actual sentido del progreso no me va, esto es, me desazona tanto que el desarrollo técnico se persiga a costa del hombre como que se plantee la ecuación Técnica-Naturaleza en régimen de competencia», explicaba Delibes, hace ahora cuarenta años, en su discurso,

titulado 'El sentido del progreso desde mi obra'. Tan proverbial como su declarado pesimismo existencial resultó entonces su alarma ante un mundo en agonía: su anticipación en España de un conservacionismo intelectual que en Europa ya tenía voces conocidas y reconocidas. «Puede ser que las cosas no sean tan hoscas como yo las pinto –se excusaba, en cierta manera, el escritor–, pero yo no digo que las cosas sean así, sino que, desgraciadamente, yo las veo de esa manera». En todo caso, lo que el autor de 'Las ratas' y 'La sombra del ciprés es alargada' denunciaba era un proceso social irreversible de «centronización de las cosas»; un proceso cuya consecuencia más notoria resultó ser la muerte de



blogs.elnortedecastilla.es/elavisador/

una cultura campesina que no habíamos sido capaces de sustituir por nada, «al menos por nada noble».

En aquel día tan señalado, el encargado de pronunciar el discurso de contestación a Delibes fue Julián Marías, quien desde hacía once años ocupaba el sillón 'S' de la docta casa. El pensador y ensayista vallisoletano daba con entusiasmo a Delibes la bienvenida a las comisiones en «la gran mesa ovalada, tapizada de verde, bajo las lámparas discretas», y a la

«mínima tertulia, tan sabrosa, que precede a las sesiones»; y recordaba que lo que más añoraba don Juan Valera, «desde sus Embajadas», era precisamente «que lo apartaran de la Academia tanto tiempo». Marías presentó entonces a su paisano como «alguien irreductible a todos los demás», alguien que representaba «una manera nueva de ver las cosas, de vivir nuestra lengua, de hablarla y de escribirla –y escucharla–, de interesarse por las palabras, ese irreal alimento de la vida humana».

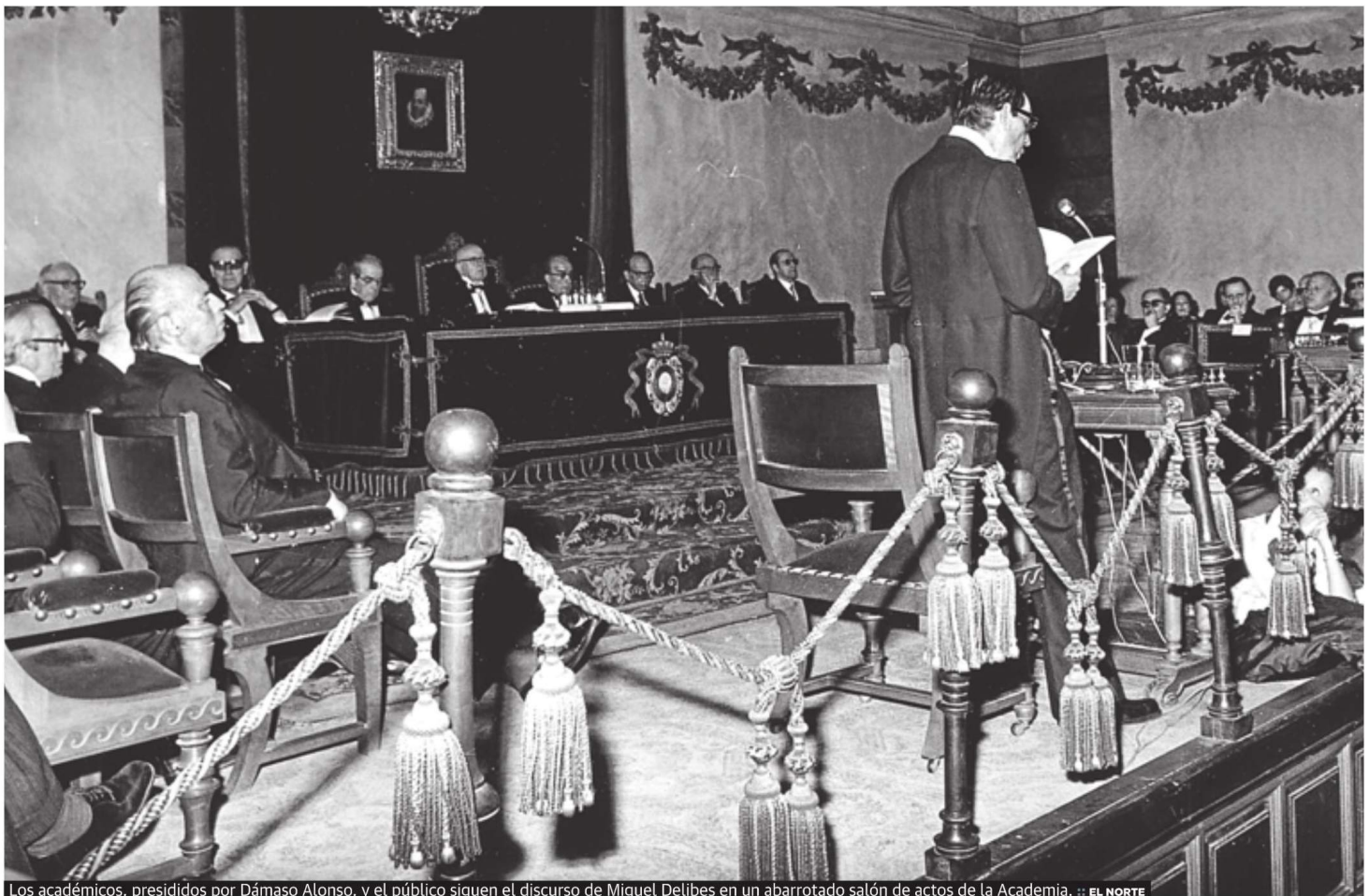
Mucho se gozó Marías al presumir, ante el resto de la corporación, de la filiación del académico entrante, hablando de un «obstinado residente en Valladolid» al que le hubiera gustado figurar, en su do-

cumento de identidad, como «exdirector de El Norte de Castilla», si bien sospechaba que lo que verdaderamente deseaba el nuevo académico, «si se atreviera», era poner en el mismo: «cazador»; y todavía temo –decía Marías– que después de escribirlo se arrepintiera, pensara que era una frivolidad, y rectificara: pescador». Un pescador que nació en la Acera de Recoletos, a la vuelta de la esquina de la calle Colmenares de Valladolid, la misma donde había visto la luz, seis años antes, el propio Julián Marías. «No convivimos en la calle en que hubiéramos sido vecinos; el tiempo separó lo que afinidad hubiera unido, lo que vino a juntar después en amistad profunda», dijo Marías, antes de expresar su propio deseo a partir de ese momento: «que la [Real Academia Española](#) sea nuestra calle de Colmenares».

Un vallisoletano, Delibes, al que Julián Marías situaba en línea con otros escritores ilustres de la ciudad, como Zorrilla, Jorge Guillén o Rosa Chacel, y con otros miembros de la Academia, como Antonio Tovar o él mismo. Pero inmediatamente sobre el vallisoletano descubría al castellano: «Castilla –dice Marías– no tiene vocación regional. En otro

Julián Marías describe a Delibes como «alguien irreductible» al presentárselo a los académicos de la [RAE](#)

tiempo fue un Reino; pero desde entonces se dedicó, no a hacer España, sino más bien a hacer España». Y sobre el castellano, al español perteneciente a una generación con «salida al mundo por la puerta ensangrentada de la guerra civil», emparentado en ese sentido con nombres como los de Rosales, Ferrater Mora, Espríu, Cela, Buero Vallejo, Gironella o Carmen Laforet. Y entre ellos, al novelista que se saltó la gran generación de poetas del 27 para relacionarse directamente con la narrativa de Baroja y con «la sombra de Galdós». Y aún sobre todos, de manera señalada en ese momento, al autor de mirada universal cuya preocupación social, por encima de otras grandes líneas de su obra, le había hecho derivar hacia la denuncia de «los peligros que amenazan a la Naturaleza y a la espontaneidad de la vida en ella»; es



Los académicos, presididos por Dámaso Alonso, y el público siguen el discurso de Miguel Delibes en un abarrotado salón de actos de la Academia. :: EL NORTE



▶ 30 Mayo, 2015

decir, hacia una inédita preocupación intelectual por los asuntos del medio ambiente, un terreno donde Delibes, según Marías, penetra «como un cazador arriesgado, en un tremedal». Una conciencia que por primera vez toma la palabra en una institución tan preminente como la **Real Academia Española**.

«Falta una autoridad universal –nos dice el propio Delibes en su discurso–, capaz de imponer normas suficientes» para detener el mal sentido del progreso en el que se ha embarcado la Humanidad; una Humanidad que «hoy por hoy», «no está preparada» para tomar tal conciencia. Y concluye: «A mi entender, únicamente un hombre nuevo –humano, imaginativo, generoso sobre un entramado social nuevo, sería capaz de afrontar, con alguna probabilidad de éxito, un programa restaurador y de encauzar los conocimientos actuales hacia la consecución de una sociedad estable».

Cuarenta años después no cabe duda de que ya hay un «hombre nuevo» muy distinto del que reseñaba Miguel Delibes en su discurso. Lo que aún no sabemos es si ese hombre camina en la dirección adecuada.



Algo anunciaba el tiempo que vendría

El discurso de ingreso de Miguel Delibes en la **RAE** 'suená', leído hoy en día, extraordinariamente actual

El 25 de mayo de 1975 cayó en domingo. La sesión abierta al público en la que Miguel Delibes tomó posesión de su sillón como académico de la **RAE** batió récord de asistencia. La fotografías del día muestran a gentes de toda edad rodeando el estrado de los académicos, sentadas en el suelo. Las crónicas dicen que la Academia cerró las puertas cuando ya no cabía un alfiler y muchas personas quedaron fuera. En la portada de El Norte de Castilla de ese día Miguel Delibes compartía protagonismo fotográfico con Henry Kissinger, secretario de Estado norteamericano que el día anterior hizo una breve escala en Madrid procedente de Turquía. La portada daba cuenta también, entre otras noticias, de la propuesta española de celebrar una conferencia sobre la descolonización del Sahara, de la canonización en Roma de dos religiosos españoles, de la apertura de la Feria del Libro de Valladolid en la plaza Mayor y del lanzamiento al espacio de una nave rusa tripulada. Eran tiempos en que la prensa diaria se tomaba un descanso el lunes, así que los lectores de El Norte tuvieron que esperar al martes 27 para leer la crónica del ingreso y conocer el contenido íntegro tanto de su discurso como la respuesta de Julián Marías, repartida la mancha de texto (hablo de la disposición de la información en las páginas del diario) en varias páginas, desde la portada donde ocupaba un lugar destacado, sin miedo a la cantidad de texto, en un tiempo en que la maquetación y el diseño no eran la preocupación esencial a la hora de la 'puesta en página'.

Aquel día la cabecera del periódico ofrecía, además, 'Los resultados de la operación policial en Guipúzcoa y Vizcaya



blogs.elnortedecastilla.es/calle58/
@angelicatanarro/twitter.com

durante el estado de excepción' y la estancia del ministro del Ejército en el Sahara. Un terremoto en el Atlántico había afectado «ligeramente a algunas provincias españolas» y, en casa, el pleno de la Diputación Provincial ratificaba la cesión de 30 hectáreas de terreno para la ubicación de la Universidad. Tres fotos compartían la contribución gráfica de la portada a la información. Dos de ellas, de la sesión de la Academia y una tercera en la que el jefe del Estado, un ya muy deteriorado general Franco, y el entonces príncipe de España Juan Carlos de Borbón presidían el 'Desfile de la Victoria'. Faltaban poco más de seis meses para la muerte del dictador y



Miguel Delibes lee su discurso. :: EL NORTE

algo bullía en algunos sectores de la sociedad española que esperaban y preparaban los cambios que vendrían. Pero ese 'rebullir' apenas se reflejaba aún en los periódicos.

Sin embargo, en esos días, un escritor que siempre se había sentido especialmente cercano a la Naturaleza y que había observado con detenimiento la vida y el habla de las zonas rurales, decidió 'contestar' a quienes le habían tachado de reaccionario, entre otras cosas, porque uno de sus personajes, Daniel el Mochuelo,

prefería la vida de un pequeño pueblo de Castilla, única que conocía hasta ese momento, que las incógnitas de la más acelerada vida de la ciudad con un discurso en defensa, no ya de la Naturaleza, sino de una perspectiva de desarrollo ético, que no solo resulta premonitorio en los problemas que plantea, sino que sorprende, leído desde la actualidad, por su carácter claramente progresista.

Nada se escapa a este discurso que, tomando como referencia, las posturas de los expertos en el Manifiesto de Roma, hacía afirmaciones tan

modernas como ésta: «el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la Naturaleza, ni en sostener a un tercio de la Humanidad en el delirio del despilfarro mientras los otros tercios se mueren de hambre, sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda la comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis, y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia».

¿Esto mismo no podría haberse escrito ayer mismo?

La lectura del discurso de para sorpresa tras sorpresa. Por él discurren el abandono de las Humanidades en la Enseñanza («(...) mientras los estudios de Humanidades sufren cada día, en todas partes, una nueva humillación», dice en otro momento del discurso) para concluir dos páginas más allá: «Encarados a esta realidad, nada puede sorprendernos que la corrupción se ensoñere de las sociedades modernas». ¡Otra de sus tristemente lúcidas premoniciones! Nada escapa a sus reflexiones: ni el peligro nuclear, ni la obsolescencia programada de los objetos de consumo. Y, cuando la industria de los juguetes tecnológicos ni siquiera estaba aún en pañales, afirmaciones como ésta cobran un sentido especial: «Pero he aquí que la supertécnica ha venido a descubrir que también existen juguetes para entretener a los adultos y borrar de sus mentes cualquier idea de participación y responsabilidad». Y para más incredulidad, cuando Internet aún no formaba ni en sueños parte de nuestras vidas, Delibes advertía de la invasión de nuestra intimidad: «(...) el incansante perfeccionamiento de instrumentos audiovisuales escrutadores de la intimidad, que han venido a destruir la confianza en el hombre y a deteriorar seriamente su sensibilidad».

Cualquier aniversario puede ser una excusa para volver sobre un texto que nos hará pensar.

Delibes pasa revista a temas tan actuales como el abandono de las Humanidades en la Enseñanza

También advirtió de la invasión de la intimidad por parte de la tecnología audiovisual



Un alegato valiente

En la tarde dominical del 25 de mayo de 1975, en un salón de actos que, según recogieron las crónicas de la época, estaba lleno hasta la bandera, Miguel Delibes ingresó en la Real Academia Española con un discurso innovador y apasionado que comenzaba con una declaración de principios, casi un manifiesto ecologista, en forma de pregunta:

«¿Por qué no aprovechar este acceso a tan alto auditorio para unir mi voz a la protesta contra la brutal agresión a la Naturaleza que las sociedades llamadas civilizadas vienen perpetrando mediante una tecnología desbridada?».

Cuarenta años después de su lectura pública, 'El sentido del progreso desde mi obra', que así se titulaba el discurso, sorprende por su valentía y claridad. Si el interrogante inicial resulta ya esclarecedor, la conclusión final constituye un alegato que no deja lugar a equívocos. Muchas de sus advertencias y temores de entonces mantienen hoy, por desgracia, toda su vigencia:

«Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente en un aumento de la violencia y la incomunicación, de la autocracia y la desconfianza, de la injusticia y la prostitución de la Naturaleza, del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura, de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: '¡Que paren la Tierra, quiero apearme!'».

El texto de Delibes, cuya lectura siempre será recomendable, ha sido reeditado recientemente por nuestra corporación, dentro de la colección Discursos de Ingreso en la Real Academia Española que publica Biblioteca Nueva. Esta serie, una selección de doce discursos, forma parte de las actividades programadas con motivo del III Centenario de la institución y está dirigida por el actual académico bibliotecario, Pedro Álvarez de Miranda, quien ya advierte en su introducción que «cabe imaginar [...] la cre-

DARÍO VILLANUEVA

Director de la Real Academia Española

La conclusión del discurso es un alegato que no deja lugar a equívocos y muchos de sus temores se mantienen hoy vigentes

ciente desazón del autor de estas páginas [Miguel Delibes] ante lo que vino después». La nueva edición incluye la emotiva y enjundiosa respuesta de bienvenida a la corporación, leída por el académico Julián Marías, amigo y paisano del autor de 'Cinco horas con Mario'.

En el discurso de Miguel Delibes, además de estos alabonazos a la conciencia, hay, como se desprende del propio título, múltiples alusiones a su obra, especialmente a aquellos títulos en los que aborda las difíciles relaciones del ser humano con su entorno, tantas veces hostil. Una de las novelas mencionadas es 'El camino', en la que uno de sus personajes, «Daniel, el Mocho, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad» porque, precisa el autor, teme «convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional».

De la publicación de 'El camino', aparecida por vez primera en 1950, también nos hemos ocupado con ocasión de las conmemoraciones del tricentenario de la Academia, en una cuidada reedición publicada por Alaguara bajo el sello Colección III Centenario. Está prologada por el académico Luis Mateo Díez,

quien subraya que «Delibes mantiene como centro de su pensamiento la atención al hombre, la consideración del individuo por encima de la sociedad y en armonía con el medio natural». Un escritor, añade Luis Mateo Díez, que confesaba escribir sus novelas con cuatro elementos: historia, pasión, paisaje y personajes.

Tuve la suerte y el privilegio de compartir con Miguel Delibes un viaje por Holanda, en 1981, un tiempo en el que yo ni imaginaba que algún día podría ingresar en la Academia. Parte de aquellas vivencias, entre las que recuerdo muy especialmente una excursión para conocer los polders, están recogidas en el libro 'Dos viajes en automóvil', publicado en 1982 y que relata una visita a Suecia, en 1980, y otra a los Países Bajos, en 1981. A esta última corresponden fragmentos como este, de tan grato recuerdo para mí:

«... A la entrada de Ámsterdam, en el Euromotel, un gran edificio funcional, nos detenemos a almorzar. Allí nos hemos citado con José Manuel García de la Torre, catedrático de español, alumno puntero de Dámaso Alonso, que lleva casi veinte años en el país, y con Darío Villanueva, joven profesor de literatura de la Universidad de Santia-

go, que acude, como yo -pero en avión-, a la Jornada de Novela Española Contemporánea, convocada por la Facultad de Letras de Ámsterdam».

Menciona Delibes al maestro Dámaso Alonso, que era director de nuestra casa en 1975, cuando él ingresó en la Academia en aquella tarde del 25 de mayo. Cuentan las informaciones periodísticas de entonces que don Dámaso se afanaba en pedir silencio al bullicioso auditorio que llenaba el salón mediante el repique de una campanilla, la misma que aparece en las fotos de la ceremonia, durante la imposición de la medalla que acredita, junto con el diploma, la pertenencia a la corporación.

Mi ingreso en la institución no se produjo hasta 2008 y ya Delibes, fallecido en 2010, apenas acudía a la Academia, aquejado de problemas de salud. Recuerdo con toda viveza, sin embargo, el video que grabó para la presentación de la 'Nueva gramática de la lengua español-

Aquel primer pronóstico

Los síntomas estaban ahí, delante de todos. Pocos, demasiado pocos, los capacitados para advertirlos. Lógico porque el desmantelamiento de la atención es torpeza bien instalada en las mayorías. Estas que obedecen la orden de estar entretenidos, casi siempre con alguna insignificancia. Estas que renuncian a ver algo más allá de las pantallas.

Los paisajes naturales se desmoronan, claro, desabastecidos de ese alimento que son las miradas admiradas. Si sobreviven es por los pocos que, como Miguel Delibes, triscaban y escuchaban atentos a lo que llegaba o se marchaba, florecía o se marchitaba, cantaba o callaba, vivía o agonizaba. A los que, por sentir el derredor y contar, con magistral destreza, convertían lo mirado en cultura y respeto. Deudores y discípulos suyos somos, por fortuna, los que todavía buscamos, y a veces encontramos, lo esencial fuera de nosotros mismos.

Delibes se percató que las becadas -pitortas o sordas-

con un largo y sensible pico que deben hundir en tierras blandas para capturar lombrices, se quedaban en las antes siempre helados predios de su Castilla. El purificador frío estaba dejando tiempo y espacio a las templanzas. Fue el primer aviso de que un trastorno se estaba colando por las rendijas con ánimo de quedarse y acaparar. Todo esto fue observado y narrado por Delibes mucho antes de que millones de datos sobre el cambio climático nos abrumaran.

Su 'Diario de un cazador' es la crónica de un vaciado. De la lenta e inexorable pérdida de vivacidad que sufrían y siguen padeciendo los tesos y perdederos, baldíos y alcores, arboledas y aguazales... El escritor se preguntó por las causas y pronto descubrió que la contaminación y la concentración, sin campo, resultaban inseparables del derribo de la cultura rural. Del olvido y abandono de esas formas de usos del territorio y del tiempo que, si bien duros y poco compensados, no violaban las capacidades y límites de los mismos.

JOAQUÍN ARAÚJO

Naturalista y escritor

Delibes, testigo de la catástrofe, resumió las principales consecuencias nada menos que en su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua. Texto, que en forma de libro, nos llegó a todos bajo el título de 'Un mundo que agoniza'. Se nos regaló el primer y lúcido manifiesto a favor de la Naturaleza y la Cultura rural. Escenarios, que a pesar de los derroteros que han tomado muchas de las llamadas políticas ambientales, nunca deben separarse.

Han pasado 40 años desde su lectura y cada día nos parece más necesario volver a pasear nuestros ojos por esos

surcos de palabras que tanto nos enseñaron y comprometieron. Solo por la precisión, sencillez y emoción que fertilizan sus argumentos valdría la pena revivir ese discurso académico.

Allí se cuestiona al modelo de relaciones que imperaba e impera, agravado claro, tanto entre nosotros mismos como con el derredor natural. Se cuestiona nada menos que a la idea de progreso y sus consecuencias. Miguel Delibes llega a escribir que «Todo cuanto sea conservar el medio es progresar; todo lo que signifique alterarlo esencialmente, es retroceder.» Es más: «el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre, ni en destruir la Naturaleza... sino en establecer las relaciones Hombre-Naturaleza en un plano de concordia». Con esta última frase puede quedar resumido la práctica totalidad del pensamiento ecológico.

Clama también contra la

entronización de las cosas y la competitividad, contra el consumismo pues. «Hemos matado la cultura campesina pero no la hemos sustituido por nada, al menos, por nada noble.» Consagra una idea esencial con un giro literario inmejorable «amputación espiritual». Al hombre se le está «amputando el lenguaje y el paisaje» y, claro, lo esencial es sustituido por lo insignificante. Nos cercan ya demasiadas ortopedias y taxidermias.

Su rechazo a lo que se interpone entre el corazón de las personas y la Naturaleza -escrita así, con mayúscula- como hacían Unamuno, Ortega y Machado, resulta en cualquier caso una constante en la casi totalidad de la atalantadora obra de Miguel Delibes.

'Un mundo que agoniza' termina con una frase muy conocida. Aquella de: «(Paren la Tierra, quiero apearme!» Nadie puede hacerlo pero sí cambiar su rumbo y el nuestro como, en realidad nos propuso este defensor del buen uso de la vivacidad. Este mundo, o al menos el mundo que nos humaniza, sigue agonizando. Con todo, leer a Delibes forma parte del tratamiento para sacarlo de la UVI.





▶ 30 Mayo, 2015

Mirando atrás: la gestación del Discurso de Delibes en la RAE

la', en 2009. Y también, siendo yo ya secretario, el emotivo homenaje póstumo que, bajo la presidencia de los reyes don Juan Carlos y doña Sofía, le ofrecimos en la [Real Academia Española](#).

Me consta que, pese a considerarse «muy poco académico», como dijo en el discurso de ingreso, Delibes profesó siempre gran cariño y admiración por esta casa de las palabras que ahora tengo el honor y el privilegio de dirigir. Una institución que se siente honrada por haber contado entre sus miembros con una figura tan excepcional como la suya, en todos los órdenes. Agradezco muy sinceramente a El Norte de Castilla, el periódico que tan dignamente dirigió Miguel Delibes, la oportunidad de escribir estas líneas y felicito al diario por recuperar este recuerdo de un hecho tan significativo para nuestra corporación: el cuadragésimo aniversario del ingreso del escritor en la [Real Academia Española](#).

Pocas veces tiene uno ocasión, siendo joven, de devolver a su padre un poco de lo mucho que ha recibido de él. Y cuando por una circunstancia concreta ocurre, genera un orgullo y una emoción que no se olvidan nunca. Es más, como el esplendor en la hierba de Wordsworth, se acrecientan en el recuerdo. Mucho antes de 1973, mi padre me había transmitido su curiosidad y amor por la naturaleza; más tarde me envió a Madrid para estudiar Biología (y sé que no les resultaba fácil); después me animó e ilustró cuando Rodríguez de la Fuente rechazaba mis primeras colaboraciones en Fauna; y por fin vivió con entusiasmo, no

MIGUEL DELIBES DE CASTRO

Biólogo, dirige el Grupo de Ecología de Carnívoros en la Estación Biológica de Doñana, de la que fue director

exento de inquietud, mi traslado a Doñana, donde no había electricidad, correo ni teléfono, con una modestísima beca para hacer la tesis doctoral. Fue entonces, febrero de 1973, cuando lo nombraron académico electo de la [Real Academia Española](#).

No recuerdo en qué fecha concreta mi padre me planteó que debía preparar su discurso de ingreso en la RAE y deseaba que tuviera un contenido moral. «No soy hombre de letras, no haría un buen discurso sobre técnica o estética literarias; tras lo que os he oído a Rodríguez de la Fuente y a ti, me gustaría hacer un alegato en favor de la naturaleza. ¿Me puedes ayudar». Me hizo muchísima ilusión y de inmediato me comprometí fervorosamente con él.

Se planteaba un problema inicial: ¿cómo relacionar la conservación del ambiente con los temas usuales en la Academia de la Lengua? Me pidió que lo pensara. En poco tiempo lo hice ver que

podía encontrar la clave en su propia obra. Le criticaban a menudo por reaccionario, pensando que en sus novelas alentaba a un chaval que se negaba a renunciar a los estudios o aplaudía la vida en una cueva de un niño sabio nacido de una relación incestuosa. De alguna manera, asumían (error en el que caen algunos críticos aún hoy) que esos personajes eran para él modelos de vida, cuando en realidad eran sino muestras de individuos dignos que, con su sola existencia, denunciaban un progreso deshumanizador y depredador de los recursos, orientado a tener más cosas, y no a ser más felices. Ese progreso malentendido era el que estaba, y está, destruyendo

la naturaleza. El discurso se centraría en 'El sentido del progreso desde mi obra'.

Escogido el tema, todo fue más o menos rodado, por más que 1973 y 1974 fueran años convulsos para la familia, que él vivió con especial intensidad. Yo le proporcionaba libros y artículos (el Manifiesto del Club de Roma, la Primavera silenciosa de Rachel Carson...) y él estudiaba, esos y otros, y escribía. Como yo mismo y algunos otros de mis hermanos habíamos defendido recientemente nuestras tesinas de licenciatura, él decía que el Discurso era 'su tesina' y yo era el director. Me sentía importante, lleno de entusiasmo. De vez en cuando lo repasábamos. Discutimos algunas cuestiones (él tenía razón) y la tesina se atascó a veces, como sucede en todos los trabajos complicados. La terminó cuando no tenía fuerzas para hacerlo, pues mi madre había muerto finalizando 1974 y estaba muy deprimido. Aseguraba que le debía ese esfuerzo, pues a ella le hacía mucha ilusión que fuera académico.

Hace cuarenta años, ya lo he dicho, acabando la primavera de 1975 (exactamente el 25 de mayo, fecha del cumpleaños de mi madre), muy delgado y un tanto amedrentado por tener que intervenir ante un público numeroso, ingresó en la Real Academia leyendo el preceptivo discurso. La sala estaba abarrotada. Tuvo gran éxito y le aplaudieron durante muchos minutos. Uno era consciente de que las aclamaciones se debían más al cariño que despertaba que a lo que había dicho, pero se sentía un participante especial del momento. Pasado el tiempo, caí en la cuenta de que el Discurso había sido el primer manifiesto conservacionista que, en España, había llegado a la 'gente normal'.

Como es bien sabido, con harta frecuencia los alegatos bienintencionados aportan poco, pues los reciben exclusivamente los ya convencidos. En su caso no. Mucha gente que jamás había oído mencionar que debíamos cambiar nuestra relación con la naturaleza, lo oyó entonces por primera vez. Y lo que es más importante: fuera de pequeños detalles, lo que dijo hace cuarenta años sigue vigente, aún más vigente, a día de hoy. Animo a releerlo.

Su discurso fue el primer manifiesto conservacionista que llegó a la 'gente normal'



Miguel Delibes, con sus perros, en un día de campo. · EL NORTE